

¿No habrían podido los paganos despreciar libros de un nacimiento problemático?

¿No habrían podido las Iglesias apostólicas, haber dicho: hemos oído la palabra bendita de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; pero jamás hemos visto sus Evangelios?

Y sin embargo, no ha sido así.

El paganismo y la herejía y los ortodoxos, proclaman el limpio origen de los Evangelios.

Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Roma, Corinto, Efeso, Filipos, Tesalonia, El Asia, Africa y la Europa, unánimemente, proclaman su filiación apostólica.

Los evangelios han llevado siempre los nombres de los padres á quienes pretenden pertenecer. Los Apóstoles los han tratado siempre como á hijos legítimos y han provisto en esta cualidad á su establecimiento.

Han sido reconocidos como tales por la sociedad y por toda una familia de escritos que han brotado del mismo espíritu que á los Evangelios anima.

Hay, por lo mismo, para ellos, la posesión constante del estado de hijos legítimos.

Son, pues, auténticos.

A esta conclusión llegamos en nuestro precedente artículo.

Aquí podíamos detenernos; pero como, en una cuestión de tal magnitud, la abundancia de pruebas no sería inútil, vamos á confirmar lo que hasta aquí dejamos dicho, por la comparación de los textos.

Un crítico contemporáneo, Wallon, en su obra intitulada: «La Creencia en el Evangelio,» establece su autenticidad y su orden de origen, por medio de un razoramiento que, á nuestro juicio, es victorioso.

De todos los libros del Testamento Nuevo, dice el afamado escritor, las Epístolas de San Pablo son sin duda, las que menos se combaten.

Nada más preciso, en efecto, que los infinitos detalles que ellas encierran: los tiempos del gran Apóstol allí tienen vida, se ve como se agita en derredor de él la sociedad contemporánea, con sus costumbres, sus usos, sus luces, sus errores y sus vicios. San Pablo mismo aparece en ellas en todo el esplendor de su espíritu, en toda la indomable fiereza de su carácter, en toda la fuerza y ardor de su celo, en toda la perseverancia de sus desig-

nios, en todas las preocupaciones de su apostolado, en todo el movimiento de su vida.

Allí las formas de la argumentación y del estilo, descubren su origen y muestran el noble desdén de que hace ostentación, cuando se trata de las habilidades del discurso humano.

Las cartas, evidentemente hacen, conocer el tiempo en que se escriben y revelan quien es su autor.

Poniendo en contacto las *Cartas* de San Pablo, con *Los Hechos de los Apóstoles*, que es otro de los libros del Nuevo Testamento, y comparando unas y otros queda, á cada instante, sorprendido el lector del mutuo acuerdo que entre ambas obras existe.

La época, las personas, los movimientos y los hechos, todo se asemeja.

Si San Pablo está todo entero en sus *Epístolas*, está todo entero, también, en el libro que se intitula: *Los Hechos de los Apóstoles*.

Sólo un discípulo, un amigo, un compañero del Apóstol ha podido componer este último libro.

Y si esto es así, ¿qué cosa nos impide llamar á este discípulo, á este amigo, á este compañero de

San Pablo, qué nos impide, repetimos, llamarle San Lucas, como le llama la tradición?

Y si San Lucas es el autor del libro de "*Los Hechos de los Apóstoles*" es preciso reconocerle como autor del tercer Evangelio.

No solamente estas dos producciones son del mismo estilo y acusan una misma paternidad, sino que las dos forman un todo, cuya primera parte es el Evangelio y Los Hechos de los Apóstoles, la segunda.

El mismo autor lo afirma y comienza su segunda narración en el punto en que dejó la primera.

"He hablado en mi primer libro,—dice San Lucas al comenzar el libro de "*Los Hechos de los Apóstoles*,"—de todo lo más notable que hizo y enseñó Jesucristo, desde su principio y hasta el día en que fué recibido en el cielo, después de haber instruido por el Espíritu Santo á los Apóstoles que El había escogido."

Estas palabras revelan con toda evidencia, aun al ánimo más preocupado, que la primera parte de la obra que escribió San Lucas, es su Evangelio.

Así como en "*Los Hechos de los Apóstoles*" en-

contramos en las transcritas palabras ese prólogo brevísimo, también encontramos otro prólogo igualmente conciso en el Evangelio que escribiera el amigo y compañero de San Pablo.

“Ya que muchos han emprendido—dice San Lucas, al comenzar su Evangelio,—ordenar la narración de los sucesos que se han cumplido entre nosotros, conforme nos los tienen referidos aquellos mismos que desde su principio han sido testigos de vista, y ministros de la palabra evangélica: pareciome también á mí, después de haberme informado de todo exactamente desde su primer origen, escribírtelos por su orden, oh dignísimo Theophilo, á fin de que conozcas la verdad de lo que se le ha enseñado.”

Estas palabras ponen de resalto que el Evangelista, para escribir la obra que dirigía á Theophilo, había tenido cuidado de instruirse exactamente de todos los sucesos que habían referido otros que fueron testigos de vista y ministros de la palabra evangélica.

Leyendo atentamente el Evangelio de San Lucas y poniéndolo en presencia de los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, se ve desde luego que en estos dos últimos están los documentos

preciosos á que hace referencia San Lucas en la introducción de su Evangelio.

San Mateo se dirige á los judíos y se aplica á probar que Jesucristo Nuestro Señor es el Mesías que ellos aguardaban; el verdadero hijo de David nacido de la Virgen, tan solemnemente anunciada por Isaías; objeto de las profecías; más poderoso en prodigios que Moisés y que Elías, transformador de la ley y maestro del Universo.

Todo el Evangelio de San Mateo es una demostración que hacía el Apóstol al pueblo de Dios; tendía á poner de resalto al hombre incomprendible que borra las personalidades más poderosas de la antigüedad sagrada. Por eso el Evangelio de San Mateo es llamado *Evangelio corporal*.

Los detalles minuciosos y el encadenamiento de los hechos no aparecen en este Evangelio: está redactado como esas memorias sin orden en que el escritor consagra su pluma, más que á los hechos, á una doctrina

San Marcos escribe para un pueblo extraño á las instituciones judías y pasa sobre las instituciones que á esos pueblos se refieren. Su Jesús no tiene infancia, aparece inmediatamente en el ejercicio de su poder soberano. Sin embargo, cuan-

do se ha leído á San Mateo, se advierte desde luego que el discípulo de Pedro trabajaba sobre este primer Evangelio, que en cierto modo continúa, pero fijando la cronología despreciada por San Mateo y poniendo en orden los acontecimientos.

Bajo el dictado de San Pedro, agrega circunstancias que en muchos lugares completan las memorias de sus predecesores.

San Mateo da la sustancia y San Marcos el orden de los hechos.

Leyendo, entonces, á San Lucas, se ve en su Evangelio la reproducción de los discursos que aparecen en San Mateo y en San Marcos, abundancia de detalles, rectificaciones definitivas del orden cronológico, las partes nuevas cuidadosamente intercaladas en los lugares en que se habían olvidado.

La estructura y la armonía del libro de San Lucas descubren, sin esfuerzo, que el compañero de San Pablo se ha instruido en los textos de San Mateo y San Marcos, que allí estaban muy extendidos.

Tal es el orden racional en que se han escrito los tres primeros Evangelios y tal es también es orden tradicional.

“La Alemania—dice el Padre Monsabrè—se ha entregado á las más violentas contorsiones de la crítica para encontrar un evangelio primitivo y típico que justificase las numerosas y notables semejanzas de esos tres Evangelios.

¿Pero para qué buscar ese evangelio primitivo, cuando la razón y la tradición pueden tan fácilmente explicar ese acuerdo? ¿Tenemos necesidad de un texto que tres hombres copien, cuando nada impide que se copie el uno al otro, conservando, sin embargo, el carácter personal de su trabajo?

Establecido el orden, la consecuencia es clara y de la más alta importancia.

San Lucas, autor de los Hechos Apostólicos, es evidentemente el autor del tercer Evangelio; el tercer Evangelio por su estructura y armonía supone una elaboración de los dos textos de San Mateo y de San Marcos: luego estos dos textos, concluye el Padre Monsabrè, son auténticos.

Hay un cuarto Evangelio, agrega el Padre Monsabrè, que se distingue de los otros por su profunda originalidad.

¿Tenemos para él las mismas garantías de comparación que para los precedentes? Esto no es necesario; afirmado por la tradición, San Juan se

afirma él mismo: su alma virginal habla tan elocuentemente, su corazón deja escapar tales acentos, las formas de su narración son tan correctas, los personajes de quienes habla se dibujan con tal vigor, que la crítica más desconfiada ha rendido las armas cuando se trata de entrar en disputa con él.

Estudiando este Evangelio, se advierte desde luego que el autor se propone presentar á los enemigos de Cristo y al mundo todo, la divinidad del Verbo hecho Hombre.

Esta afirmación es lo que constituye, de principio á fin, el Evangelio de San Juan.

Sin embargo, por omisiones voluntarias, por alusiones transparentes y por esclarecimientos parciales, fácilmente se percibe que San Juan se refiere á otras narraciones y que su intento es conformarse á la autoridad de los tres precedentes Evangelios reconocidos por todas partes y por todas partes consagrados.

Los cuatro Evangelios se siguen uno al otro, se sostienen, se completan y se coronan.

Sus respectivos planes y sus íntimas relaciones, hablan tan elocuentemente en su favor, como las enseñanzas de la tradición.

Este orden respectivo, estas relaciones mutuas de los Evangelios, bajo este primer punto de vista, prueban sin duda su autenticidad.

El orden respectivo y las relaciones mutuas de los Evangelios, nos han llevado á establecer, de acuerdo con las confesiones de la tradición, su indiscutible autoridad.

No debemos, sin embargo, detenernos en nuestros estudios comparativos, bajo este primer punto de vista.

La Historia y la Geografía nos ministran preciosas observaciones.

Nadie ha puesto en duda que los autores de los Evangelios fueron hombres sencillos é ignorantes, incapaces, por su falta de cultura, de ningún artificio en la composición.

“Los duros hebraismos de que está lleno su estilo, dice el P. Monsabré, su negligencia de forma, el candor de que ellos se acusaban ingenuamente, son la garantía más segura de que no eran ni sabios ni hábiles. Era, entonces, más que probable, que al emprender relatar la historia y des-

cribir los lugares, cayesen más de una vez en descuidos y groseros errores.”

Más fácil era este peligro, si se considera que el estado político, civil, administrativo, religioso y topográfico de Judea, había sufrido en el curso de los dos primeros siglos, numerosas y continuas modificaciones.

Aun hombres ilustrados, como Tito Livio, han pagado, incurriendo en graves faltas, su alejamiento de la época y de los lugares que han querido describir.

Y sin embargo, con gran sorpresa y admiración de la crítica, todo lo que los Evangelistas refieren, con respecto á las personas, á las instituciones, á las costumbres, á los países y aun á los lugares pequeños de la Judea, reviste la exactitud más completa.

Nada hay en el Evangelio que esté fuera de su sitio.

Los Reyes, los Tetrarcas, tienen el carácter que les atribuyen los historiadores más fieles; Herodes es pérfido y vengativo, como lo describe Josefo; Pilato viene á su tiempo; los grandes sacerdotes se suceden en un orden singular que atestigua la presión de una potencia extranjera.

Las guarniciones romanas están en su puesto; los Césares ejercen por medio de sus procuradores los derechos que les da la conquista; los judíos se muestran impasibles queriendo sacudir el yugo del extranjero; el desprecio y horror que profesan á los Publicanos y á los Samaritanos, están pintados al natural; las sectas de los Fariseos y de los Saduceos, hablan el lenguaje que les conviene; no se olvidan ni se confunden las monedas y medidas que están en uso.

“Orientación de los continentes, dice el Padre Monsabré, límites de los territorios, nombres antiguos y transformados de las ciudades, villas pequeñas, castillos, fortalezas, desiertos, colonias, lagos, ríos, torrentes, arroyos, pozos, jardines, naturaleza de los terrenos, todo está allí admirablemente descrito y señalado.”

“Y á tal extremo, que un protestante dice: Estos documentos sagrados, constituyen sin comparación, la guía más instructiva y más interesante que el viajero en Oriente puede consultar con la mayor confianza.”

Renan, en el estudio que hace sobre los cuatro Evangelios, en la introducción á su “Vida de Jesús,” después de ciertas explicaciones, se expresa

así: "En suma yo admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos á mi juicio ascienden al primer siglo y son poco más ó menos de los autores á quienes se atribuyen."

A esta confesión, la más importante que hayan hecho los incrédulos sobre la autenticidad y la credibilidad histórica de los Evangelios, desde que los puso en duda una ciencia falsa, añade Renan, una confirmación que le es enteramente personal y que viene á comprobar una vez más la admirable exactitud histórica y geográfica de esos libros que constituyen el más preciado tesoro de los cristianos.

"A la lectura de los textos, dice Renan, he podido agregar una circunstancia de grande influencia para ilustrar este punto: la vista de los sitios en que pasaron los acontecimientos. Teniendo por objeto la misión científica que yo dirigí en 1860 y 1861, la exploración de la antigua Fenicia, tuve que residir en la frontera de la Galilea y que bajar por ella con frecuencia. Atravesé en todas direcciones la provincia evangélica, visité Jerusalén, Hebrón y Samaria, no dejando de examinar casi ninguna localidad importante de la historia de Jesús."

"Toda esta historia, que á cierta distancia parece flotar en las nubes de un mundo sin realidad, adquirió así un cuerpo, una solidez, que me admiraron."

"La notable correlación entre los textos y los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, fueron para mí como una revelación. Tuve á mi vista un quinto Evangelio destrozado, pero legible aún, y pude ver, mover y vivir, al través de las narraciones de Mateo y Marcos, en lugar de un ser abstracto que parecía no haber existido jamás, una admirable figura humana."

Estas preciosas confesiones que hace la incredulidad en el siglo XIX, vienen á poner más de resalto la autenticidad de los cuatro Evangelios.

Si como ya dijimos, y lo comprueban además las transcritas palabras de Renan, no hay un error, en las descripciones minuciosas y en los detalles casi infinitos escritos las más veces sin intención; si no hay un error, y los Evangelistas son hombres sin cultura, ignorantes, inhábiles, bajo el punto de vista de la composición, ¿cómo explicar tan portentoso fenómeno?

No cabe otra solución más que afirmar que

ellos han visto todo, en compañía de aquél cuya historia referen.

La presencia en los sitios de que hablan en sus escritos, en medio de las poblaciones que tan admirablemente pintan en los tiempos cuya historia relatan, se hace de tal manera necesaria, que sin ella, como observa el P. Monsabré, esos escritos ofrecieran la enigmática contradicción de la inocencia y la rudeza unidas á la ciencia y á la habilidad más refinada.

Si hemos hecho notar que los Evangelios están en la posesión de estado de su autenticidad, en la comparación de los textos hemos descubierto una fisonomía que nos revela su edad y signos particulares que no se transmiten, sino por una generación auténtica.

La tradición nos presenta todos los títulos de un origen legítimo; la ciencia confirma ese origen.

La justicia, entonces, y el buen sentido nos arrancan irremediamente esta consecuencia:
"Los Evangelios son auténticos.

La originalidad del texto evangélico, la imperfección é incorrecciones de su estilo, las combina-

ciones y el empleo de palabras desconocidas de los clásicos, se oponen, como se ha observado ya juiciosamente, á toda idea de un retoque de los Evangelios y podrían considerarse como una garantía suficiente de autenticidad.

Sin embargo, estudiando el medio en que se han propagado los Evangelios, se llega sobre este punto á una certidumbre completa.

Cualquiera que sea la opinión de los incrédulos, respecto á la inspiración de las Escrituras Santas, es enteramente cierto que desde el origen del cristianismo, una multitud inmensa ha creído en la inspiración divina de los libros que las componen, y ha expresado su creencia por una constante veneración.

Con razón ó sin ella, lo que no es del caso examinar por ahora, cada cristiano tenía la convicción profunda de leer en el texto sagrado la palabra misma de Dios.

De aquí procedían el terror piadoso y la indignación santa que se manifestaban cada vez que se oía hablar de una falsificación ó de una simple anotación que se hacía en aquellos libros.

San Jerónimo acepta, temblando, la orden que le diera el Papa Dámaso, para traducir las Escri-

turas en lengua vulgar: temía que se le fuese á tener por un falsario.

Orígenes declara que no hay una *coma*, siquiera, sin designio en las letras divinas.

San Justino condena á los que alteran el texto sagrado, reputándolos más culpables que aquellos que adoraban al Becerro de oro.

Sólo los apóstoles de Satanás, en sentir de Dionisio de Corinto, son capaces de tal crimen.

Tertuliano llena de anatemas á Marcion, porque se ha atrevido á deslizar sus errores en el texto de San Lucas.

San Ireneo olvida la dulzura de su carácter y de su nombre, que significa *pacífico*, para aplastar á los corruptores del Evangelio bajo el peso de sus imprecaciones y sus reproches.

Así se cuidaba por los pastores y por los fieles de la Iglesia Católica, desde sus principios, la pureza virginal del texto divino.

Y es de advertirse que los libros del Nuevo Testamento no estaban escondidos ni depositados en el Arca Santa: se leían en todas las Iglesias, andaban en todas las manos.

“Cada cristiano, dice el P. Monsabré, quería tener el Evangelio en sus manos: el uno para em-

balsamar su sepulcro, el otro para guardarlo bajo sus vestiduras á fin de encontrar en él fuerza y valor, en los días malos de las persecuciones.

Refiere la historia que Santa Cecilia, la excelsa virgen romana, llevaba siempre sobre su pecho el Evangelio de Cristo.

Y no sólo ella, legiones de almas puras y vigorosas, enamoradas de belleza adorable de Cristo, iban á templar, en la lectura de su vida, su virtud y su fe.

Las copias del Evangelio se multiplicaban por ese motivo prodigiosamente; se estiman en treinta mil las copias que existían al principio del segundo siglo de la Era Cristiana.

Era imposible, entonces, la falsificación de esas copias, defendidas con tanto celo por los pastores de la Iglesia, respetadas como cosas divinas y besadas con amor, como si llevasen en ellas misma la huella de los labios de Cristo.

Y, sin embargo, ha habido hombres en diversos tiempos, que demasiado orgullosos para someterse á la letra del Evangelio, han tratado de sujetar los libros santos á una tortura que los deshonoraba.

“La letra se plegaba bajo su pluma, añade el P.

Monsabrá, á sentidos que jamás había expresado, y bajo el patrocinio de un nombre santo, aparecían de repente mil errores que podían pasar por verdades á los ojos de los incautos.”

“Entonces se alzaba un gemido en el rebaño de Cristo; se hacía escuchar la voz de los pastores que vigilaban el redil; los doctores hacían oír su palabra como un trueno, y se redoblaba por todas partes el piadoso respeto á los libros que habían quedado puros y sin mezcla.”

En este medio se han propagado los Evangelios: de un lado un pueblo celoso de su integridad, como es celoso un hijo de la honra de su padre; de otro, sectas enemigas dispuestas siempre á corromper la virginal pureza de esos libros.

“Ha habido desde que se escribieron los Evangelios, dice Augusto Nicolás, dos comprobantes ó registros que han asegurado su autenticidad original y su constante integridad, con tanta más certeza, cuanto que esos dos comprobantes ó registros, enemigos mutuos, se comprobaban ó registraban ellos mismos recíprocamente, formando así una garantía humanamente infalible, vista la oposición de sus elementos. Estos dos registros son el de la fe y el de la impiedad.”

“La tradición cristiana, tradición pública en los fieles y vigilante en sus pastores, ofreciendo por esto ella misma una doble garantía, se ha hecho cargo de los Evangelios desde su redacción. Nos los muestra bajo la pluma en cierto modo de los Evangelistas é inmediatamente sirviendo de lectura y de testimonio en las congregaciones de los fieles y en los escritos de los confesores, sin que haya habido el menor intervalo de tiempo para que pudiera formarse sobre ellos una leyenda.”

“Al mismo tiempo, los herejes, los judíos, y los filósofos comienzan, ó más bien, continúan aquella guerra que comenzó en torno mismo de Jesucristo, y al fuego de la cual se escribieron los Evangelios. Vigilan sobre su autenticidad y su fidelidad histórica, y estas son tan evidentes, que se atreven ellos á todo, pero sin que se les ocurra negarlos.”

“Los cuatro Evangelios llegan á ser el documento común, el terreno del combate.”

“Así no ha cesado de darse traslado, de comunicarse estas probanzas, este protocolo de la parte adversa, desde el origen del proceso, á todos los adversarios que figuran en él contra nosotros. Lo

han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo, oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque: han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrílegas.”

“¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, continúa diciendo Augusto Nicolás, se nos había de redargüir de falso este protocolo, estas probanzas que han tocado sus manos durante dieciocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones y manchado con el veneno de su impiedad?”

“Esto no sería admisible, responde el sabio escritor, jamás lo ha sido, porque nunca se les han ocultado las Escrituras que se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.”

“Imposible es, repetimos, una falsificación en el texto de los Evangelios, dado el medio en que fueron propagados.”

“Admirable es, concluye el Padre Monsabré,

esta singular disposición de la Providencia que pone la fidelidad de los hijos de Dios, bajo la protección de aquellos mismos que tratan de corromperla.”

AUTENTICIDAD DEL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Para juzgar del valor histórico de un libro antiguo, preciso es conocer la persona y las cualidades del escritor, tener la certidumbre de que su obra ha llegado hasta nosotros sin sufrir alteración notable y tener noticia de la ciencia, del discernimiento y de la probidad del autor.

Desde la más alta antigüedad, la Iglesia cristiana ha reconocido cuatro Evangelios, ni más ni menos, y los ha atribuido á cuatro autores determinados, de los cuales, dos, Mateo y Juan, pertenecen al Colegio Apostólico, y dos, Marcos y Lucas, eran discípulos de los Apóstoles.

Tertuliano, que escribió al fin del siglo II, se expresaba así: ‘Tenemos para instruirnos en la fe, entre los Apóstoles, á Juan y Mateo, y para